

DON QUIJOTE LEÍDO POR ALONSO EL BUENO

MANUEL IVÁN
URBINA SANTAFÉ

DE CÓMO ALONSO DECIDIÓ LEER
"EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA"

"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...": así empezaba la historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Se lo había recomendado su abuelo, aunque para Alonso las recomendaciones de un adulto no tuvieran mucho peso; excepto, tal vez, las de sus profesores, a quienes desde los primeros años de escuela tomaba más en serio que a sus padres.

Lo que había llevado a Alonso a buscar en la biblioteca un libro demasiado gordo y viejo para sus gustos, con hojas que estuvieron a punto de deshacerse entre sus manos, fue enterarse de que el famoso Don Quijote, cuyas carteleras estaba cansado de ver cada 23 de abril, en las celebraciones del Día del Idioma, se había vuelto loco de tanto leer libros de caballería, el equivalente de las actuales historietas y dibujos animados del cine y la televisión.

Si eso le había sucedido a Don Quijote, ¿qué no le podría suceder a él, que hasta hace poco se la pasaba leyendo tiras cómicas y ahora no paraba de ver héroes y villanos en la televisión? Podría pasar que también se le "secara el cerebro" y saliera por ahí vestido como superhéroe japonés, decidido a luchar contra los malvados, "a deshacer entuertos y vengar agravios", como si distinguir a los malos de los buenos fuera tarea sencilla o fuese fácil encontrar gente buena o mala del todo por ahí en la calle; que buenos hay muchos, pero cada cual tiene sus pecadillos. Para ejemplos, él bastaba: los domingos iba muy bien puestecito al templo, hacía todos los oficios de la casa cuando su mamá enfermaba, saludaba siempre y hacía mandados a los ancianos del vecindario; pero no tenía reparos en desbaratar los juguetes de su hermanito, hacer trampa para quedarse con las canicas de sus amigos y hasta había puesto chicle en el asiento de algún compañero de clases.

Y quiso la buena fortuna que su abuelo, al verlo hojear aquella edición tan maltratada, llegó al día siguiente con un hermoso ejemplar del mismo libro, empastado en cuero, con hojas inmensas que amedrentaban un poco por su tamaño. Sin embargo, apenas Alonso abrió el libro y contempló la excelente edición, el tamaño de las letras y las inmejorables ilustraciones, sintió una cálida invitación a leer, que es una forma de amistad.

Mientras se adentraba en la lectura, pensaba Alonso que Miguel de Cervantes tenía razón: a cualquiera se le seca el cerebro y pierde el juicio, si se toma en serio las historietas y las películas. Pero eso no está lejos de suceder en la realidad: de los cinemas salen los niños dando patadas y karatazos después de ver una película de Kung-fu, y las señoras grandes, tan serias ellas y tan prácticas, salen lloriqueando después de asistir a las desdichas de las heroínas de la pantalla, como si fueran esas protagonistas, y el valiente príncipe hubiese muerto por salvarlas. Claro que a los niños más pequeños no es necesario convencerlos porque, igual que Don Quijote, saben que no hay "historias tan ciertas en el mundo" como las fantásticas aventuras que leen, les cuentan o ven en la pantalla.

Su hermanito menor, por ejemplo, a sus tres años era fanático del hombre araña y lo creía real, como todos pudieron comprobar en este diálogo, que tuvo lugar una mañana de domingo, antes de salir de paseo, cuando el niño insistía en viajar en el asiento delantero del automóvil:

—Pásate al asiento de atrás.

—Nooo, mamá.

—Los niños no viajan ahí; ¡pásate para atrás!

—¡No quiero!

—Entonces abróchate el cinturón.

—No.

—¡Por favor, Junior! Si papá llega a frenar bruscamente, vas a salir volando por el vidrio panorámico...

—Pero si a mí me gusta volar —concluyó el niño la discusión—; aunque no dijo exactamente "volar" sino "volá".

Todos rieron de la ocurrencia, pero la cosa era para preocuparse.

DE LAS COSAS QUE ALONSO DESCUBRIÓ SOBRE EL LENGUAJE

Aunque ya tenía doce años, no le resultó a Alonso tan fácil leer el libro que su abuelo le había regalado. De tiempo en tiempo tenía que ir a preguntarle. Y había palabras que definitivamente parecían una adivinanza, un acertijo imposible de resolver, como esa famosa frase, tomada de los libros que habían sido causa de la locura de Don Quijote:

*"La razón de la sinrazón
que a mi razón se hace,
de tal manera mi razón enflaquece,
que con razón me quejo
de la vuestra fermosura."*

La leyó siete veces —sin entenderla, claro— pero a cada nueva lectura le hacía más gracia el juego de palabras y le encantaba la musicalidad.

Y pensaba Alonso qué sería eso de "fermosura", ¿estaría mal escrita la palabra? Su mamá lo sacó de la duda: equivalía a "hermosura". Le llamó la atención saber que las palabras cambian, que el idioma es un organismo

vivo. De ser verdad eso, ¿por qué molestaba tanto a los profesores cuando él hacía algunas variaciones a la ortografía?

No siguió Alonso pensando en el juego de palabras, aunque pudo entender que se trataba de la hermosura de alguna mujer a quien Don Quijote amaba y que le había confundido o enflaquecido la razón con la razón de la sinrazón, o sea de la locura... y por eso se quejaba, porque era muy hermosa, y él estaba loco por ella. O algo así.

DE LAS PRIMERAS AVENTURAS QUE TUVO
DON QUIJOTE Y A ALONSO LE HICIERON GRACIA

Habiendo perdido la razón, Don Quijote decidió armarse caballero, y lo hizo con unas armas oxidadas. Luego resolvió ponerle nombre a su caballo, como lo habían hecho los grandes héroes: el caballo de Alejandro Magno se llamaba Bucéfalo y el del Cid Campeador, Babieca. A su animal, un caballo flacuchento, le dio el nombre de Rocinante, derivado de la palabra "rocín", que precisamente significa caballo flaco y con mataduras.

También él debía tener un nombre, de modo que se cambió el de Quijano por el de "Quijote" y le agregó el nombre de su tierra —"de la Mancha".

Así salió a recorrer el mundo, y su primera hazaña digna de mencionar fue llegar a una venta, casa que servía de hospedaje para los viajeros en los caminos o zonas despobladas. Allí se dedicó a "velar sus armas", porque había leído que los caballeros pasan la noche junto a ellas y a la mañana siguiente son armados en una ceremonia.

Puso las armas sobre la pila de agua, lo cual incomodó a dos arrieros, que quisieron botárselas. Furioso, Don Quijote les dio tremendos golpes en la cabeza. Ante esto, los arrieros comenzaron a apedrearlo, pero el dueño de la venta los calmó y al final ordenó caballero a Don Quijote: lo obligó a ponerse de rodillas; murmurando entre dientes, como si rezara, le dio un buen golpe en el cuello y otro golpe con su misma espada. Así hubiera terminado ese primer día de aventuras, si no fuese por el contratiempo que sucedió con unos mercaderes toledanos.

DEL PRIMER REGRESO A CASA
Y LA QUEMA DE LIBROS

Después de abandonar la venta, entre las muchas aventuras que tuvo el nuevo caballero, salió muy maltrecho de su enfrentamiento con unos mercaderes de la ciudad de Toledo.

Don Quijote les cerró el camino, al tiempo que les hacía una exigencia para dejarlos pasar:

"Todo el mundo se tenga,
si todo el mundo no confiesa,
que no hay en el mundo todo

*doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha,
la sin par Dulcinea del Toboso"*

A los mercaderes no les hizo gracia la confesión que un personaje tan extraño les exigía, porque no conocían a Dulcinea y no podían jurar lo que no habían visto. Por añadidura, uno de los mercaderes insinuó que Dulcinea bien podría ser tuerta o corcovada.

Don Quijote —leyó Alonso— "arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader"

Caballo y jinete fueron a dar al piso y de allí no podía levantarse Don Quijote por el peso de su graciosa armadura; de todas formas, no dejaba de retarlos e insultarlos.

Un empleado de los mercaderes no soportó los insultos, quitó a Don Quijote su lanza, la hizo pedazos y con ellos lo molió a palos, aunque los otros le gritaban que no lo maltratara.

Allí hubiera permanecido el hidalgo, de no haber sido por un campesino, vecino suyo, quien lo encontró por casualidad: recogió sus armas, hizo un atado sobre Rocinante, subió a Don Quijote sobre su asno y lo regresó a su hogar.

En casa lo estaban esperando su sobrina, el ama de llaves, el barbero y el cura del pueblo, quienes eran grandes amigos de Don Quijote. Las mujeres insistieron en culpar a los libros de caballería de la locura del dueño de casa, por lo que los amigos organizaron una quema de libros, muchos de los cuales salieron volando por la ventana hasta la hoguera, excepto los mejores de ellos, los cuales engrosaron las bibliotecas personales de Pero Pérez y maese Nicolás, cura y barbero respectivamente.

Por último, decidieron cerrar la entrada del depósito de libros, de manera que Don Quijote encontró pared donde antes había puerta, y estuvo muchas horas recorriendo la casa y preguntando a ama y sobrina, quienes inventaron que un hechicero se había llevado los libros, hecho que fue confirmado por Don Quijote diciendo: "que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza..." porque él había de luchar contra un caballero protegido de tal sabio, quien adivinaba que lo iba a vencer.

¿Ojeriza? ¿Qué será ojeriza? —se preguntó Alonso y fue a buscar en el diccionario.

*ALONSO LEE LA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO Y PIENSA QUIÉNES SON COMO
DON QUIJOTE HOY*

Había en aquel campo treinta o cuarenta molinos de viento. Alonso sabía de molinos para el trigo, claro que sí, pero los que él había conocido los movía el agua y no el viento. Ya estaban en desuso, porque últimamente el trigo se procesaba con máquinas más modernas y rápidas; pero las

grandes construcciones donde habían funcionado las molineras permanecían en pie, destinadas a otros servicios, o muy solitarias, casonas que hacían sentir nostalgia de los tiempos en que muchas personas vivieron y trabajaron en esos lugares.

Antes de seguir con la lectura, Alonso se dedicó a dibujar cómo imaginaba que funcionarían los molinos, movidos uno por la fuerza del agua y el otro por la fuerza del viento:

Pero Don Quijote no vio molinos ni otras máquinas, sino gigantes. Al instante dijo a su escudero Sancho:

—La suerte guía nuestros pasos más de lo que quisiéramos "porque vez allí, amigo Sancho, donde se descubren treinta o más desaforados gigantes, con quienes pienso hacer batalla..."

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho.

—Los que ves allí —respondió su amo—: esos de brazos largos, que los suelen tener algunos casi de dos leguas.

—No son gigantes —respondió Sancho—, sino molinos de viento, y lo que parecen brazos son las aspas, que movidas por el viento hacen andar la piedra del molino.

—Se ve claramente —dijo Don Quijote— que no estás acostumbrado a estas aventuras. Te digo que son gigantes, y si tienes miedo, ponte en oración pues voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Sin atender las advertencias de su escudero, Don Quijote espoleó a su caballo Rocinante y, dirigiéndose a los molinos, gritaba: "No huyan, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete". Dicho esto, preparó sus armas, se encomendó a su amada Dulcinea del Toboso, como había oído decir que hacen los caballeros andantes, y a todo galope embistió contra el primer molino.

Cuando le dio una lanzada al molino más cercano, el viento movió el aspa con tanta furia que hizo pedazos la lanza, llevándose tras de sí al caballo y su jinete, quienes fueron rodando muy maltrechos por el campo.

Sancho Panza fue corriendo a socorrer a su amo e insistía en el conocido "¡Yo se lo dije!", que tanto placer causa a quien se fija en los errores ajenos. Pero Don Quijote no terminó de caer en razón después de ese tremendo golpe y culpó de todo al hechicero o sabio Frestón, el mismo que, según las mujeres de su casa, le robó los libros: "...ha convertido estos gigantes en molinos de viento para quitarme la gloria de vencerlos, tal es la enemistad que me tiene" —dijo el caballero—.

Alonso quedó con el libro abierto sobre el escritorio y se dio a pensar quién se atreve hoy, como Don Quijote, contra los molinos de viento. Entonces pasaron por su mente imágenes de modernos quijotes frente a terribles molinos: por ejemplo, la organización ecologista internacional Greenpeace y su velero "Guerrero del arcoiris", enfrentado a un gigantesco barco carguero repleto de desechos tóxicos; un hombre solo cerrando el paso a los tanques de guerra en una plaza de China; un grupo de indígenas deteniendo la exploración de petróleo en su territorio sagrado; o una mujer pequeña y humilde que se dedica a servir a los más pobres entre los

pobres: la madre Teresa de Calcuta.

Pensó Alonso que existen otras voces, otros seres, tal vez desconocidos, trabando combate contra los modernos molinos de viento, gigantes que amenazan la limpieza del planeta, los derechos de niñas y niños, de mujeres y ancianos, de grupos indígenas y otras minorías maltratadas por sus creencias, raza, condición social u opinión política.

ALONSO RECUERDA VARIAS AVENTURAS MALOGRADAS Y RECONOCE LA BONDAD Y LEALTAD DEL ESCUDERO SANCHO PANZA

Muchas eran las aventuras en que metía a Don Quijote su imaginación, que con razón es llamada "la loca de la casa". De todas sacaba golpizas, como en su primera salida, cuando los arrieros de una venta lo apedrearon y él dio palos a dos de ellos; o la zurra que le propinó con su propia lanza el empleado de los mercaderes toledanos cuando Don Quijote se negó a dejarlos pasar si no confesaban que Dulcinea era la más hermosa de las mujeres.

No menos le sucedió cuando, en su segunda salida, Don Quijote convenció a un campesino llamado Sancho Panza o "Zancas" para que le acompañara en sus aventuras, con la promesa de nombrarlo gobernador de una isla o "ínsula" que habrían de conquistar.

Acompañado de Sancho, lo apedrearon los pastores: "lo santiguaron", como diría Sancho; en esa acción perdió varios dientes. Le dieron puñetazos en un hospedaje cuando una mujer muy fea se equivocó de cama y fue a donde estaba Don Quijote, quien imaginó tener entre sus brazos a una princesa. Unos arrieros lo apalearon por culpa de Rocinante, quien se atrevió a acosar a sus mulas. En una famosa batalla con espada, nuestro caballero perdió media oreja, de donde viene una frase que Alonso anotó en su cuaderno, pues le llamó especialmente la atención.

"Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a ésta semejantes no son aventuras de ínsulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos"

Se pueden contar con pocos dedos las acciones en que salió bien librado el hidalgo: por ejemplo, cuando "salvó" a un muchacho del pastor que lo azotaba por descuidar a sus ovejas (el pastor lo castigó con más dureza en cuanto Don Quijote dio la espalda); o el episodio en que atacó a un grupo de monjes que llevaban un cadáver a enterrar; o la ocasión en que, lanza en ristre, se fue contra un barbero a quien despojó de su bacía —vasija que usaba para remojar la barba de sus clientes—, para colocársela en la cabeza, declarando que era el famosísimo "Yelmo de Mambrino".

Muy poco botín sacó de esas peripecias, pero hay algo con que contó todo el tiempo: la lealtad de su amigo Sancho, quien no salió bien librado en las batallas que inició su amo, pero en ningún instante lo abandonó, sino que siempre se mostró dispuesto a secundarlo, levantarlo y curarlo, sin preocuparse mucho por las propias heridas y magulladuras.

De las muchas penalidades de Sancho, la que más le dolió fue aquella

broma que le hicieron los huéspedes de una venta: lo mantearon, es decir, lo lanzaron al aire sobre un manto, mientras su amo intentaba infructuosamente escalar una pared para salvarlo.

A Sancho incluso le tocó pasar noches terribles, como aquella en que unos cabreros los acogieron con gran hospitalidad, los festejaron con comida y canto, mostrando la pureza de su espíritu campesino y la generosidad que únicamente se suele encontrar entre gentes sencillas.

"... todo lo más de la noche la pasó en memoria de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela [mujer de gran hermosura por quien había muerto un hombre]. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento [asno], y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces."

Incluso derramó lágrimas Sancho al pensar en la suerte de Don Quijote y en su propia suerte, cuando, al escuchar en medio de la noche ruidos horribles de agua, cadenas y golpes, el caballero decidió ir a buscar el peligro y le pidió a su escudero que si pasados tres días él no regresaba, avisara a Dulcinea del Toboso que su amado había muerto por buscar aventuras que lo hicieran digno de su amor.

Esa noche no pudieron dormir, ni su amo pudo partir a tener esa fantástica aventura pues Sancho se le abrazó a una pierna y amarró las patas a Rocinante, que de esa forma sólo podía moverse a saltitos.

Al amanecer, Don Quijote insistió en enfrentar el peligro y su fiel escudero rompió en llanto de nuevo. Pero pronto el llanto devino en risa, cuando descubrieron que los golpes que tanto miedo habían causado y los peligros que anunciaban tan valerosas hazañas no eran sino los golpes de los mazos de unos batanes [máquinas para golpear los paños u otros tejidos]

Sancho, sofocado por la risa, se burló del "Caballero de la Triste Figura", famoso nombre con el cual lo bautizó. En castigo de su atrevimiento, recibió dos buenos palazos en las costillas, con lo cual la risa volvió a cambiar en llanto

También en estas circunstancias se hizo evidente la inocencia y bondad de Sancho Panza, pues después de la golpiza excusó a su amo recordando el refrán: "Quien te quiere bien, te hace llorar..."

DE LA DAMA MÁS BUSCADA,
LA SIN PAR DULCINEA DEL TOBOSO

Alonso halló con frecuencia cierto personaje a lo largo de su lectura; una dama, para más señas: Dulcinea. El pequeño lector esperaba ver cómo se encontraban los enamorados en alguna parte del libro, en una ilustración por lo menos; pero no fue así. Al niño le quedó la duda, porque no había leído todo el libro.

¿Cómo podía faltar un encuentro tan importante? Su abuelo se ofreció a ayudarlo a contestar ese interrogante. Ojeando y hojeando entre los dos, hallaron una carta a Dulcinea, escrita por Don Quijote en su "libro de memoria", que tal vez fuera la versión antigua de las modernas agendas.

La carta comenzaba así:

"Soberana y alta señora:

"El herido de la punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene..." Y más adelante la llamaba: "bella ingrata, amada enemiga mía". Esa misiva se la encomendó el autor a su escudero.

Muy pronto partió Sancho hacia el Toboso a llevar la correspondencia. En ese encargo estaba, cuando se encontró en una venta con el cura y el barbero, amigos de su señor. En ese instante se dio cuenta de que no llevaba el libro de memoria con la carta y una orden para reclamar tres pollinos. Después de palidecer, golpearse el rostro y arrancarse "la mitad de las barbas" en castigo por su olvido, Sancho repitió de memoria el mensaje, cambiando algunos detalles.

En vez de "soberana", el escudero dijo "sobajada". Alonso acudió al diccionario, para enterarse del gracioso significado: "Sobajar y sobajear: v.t. Sobar, manosear. | | Humillar."

Y continuó Sancho trayendo a la memoria la carta: "el herido y falto de sueño, y el herido besa a vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa". Lo único que recordó con cierta precisión fue la despedida, que en el escrito original rezaba: "Tuyo hasta la muerte. EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA."

Yendo un poco hacia atrás en la primera parte del libro, los lectores encontraron una descripción de Dulcinea, en realidad Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales, quien fue elogiada a su manera por Sancho: "...tira bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo; es moza hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviese por señora. ¡Qué voz y qué rejo tiene! ...no es melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire."

Pero lo que hacía especial —e incluso hermosa— a Dulcinea, era el amor de Don Quijote, quien declaraba: "Por lo que quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra". Entendió Alonso qué significaba un amor platónico, el sentimiento que sumó todas las virtudes a una muchacha sencilla, pues el enamorado confesó que a su amada la pintaba en la imaginación tal como la deseaba.

Alonso y su abuelo acompañaron a Don Quijote y Sancho en la búsqueda de la enamorada. En varias ocasiones el caballero fue engañado, pensó y afirmó que Dulcinea se encontraba encantada por un hechicero: en las afueras del Toboso, por ejemplo, Sancho vio aparecer por el camino tres campesinas regordetas, y se apresuró a decir a su amo que se trataba de Dulcinea, quien se hallaba paseando con sus damas de compañía. Explicó el ayudante, que a causa de un encantamiento, no podía verse la elegancia y belleza de las tres, el lujo de sus vestidos y adornos.

En la segunda parte, encontraron los curiosos lectores a un grupo que hizo burla de la ingenuidad de los protagonistas; disfrazaron a un paje de

Dulcinea y establecieron la fórmula mágica para desencantarla: Sancho debía propinarse "tres mil y tres cientos" azotes. Durante varias noches Sancho fingió cumplir la penitencia, cuando realmente azotaba los troncos de los árboles.

Yendo de aquí para allá tras la huella de Dulcinea, Alonso y su abuelo ¡oh sorpresa! hallaron la evidencia que buscaban: después de hacerse caballero, Don Quijote nunca vio a su dama. Inmediatamente, Alonso copió el dato en su libreta: "... en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y sólo estoy enamorado de oídas, y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta. II parte, capítulo IX."

—Definitivamente —dijo el abuelo— esa mujer habitaba sólo en el corazón del Caballero de la Triste Figura.

—¿Sucede así con todos los enamorados? —preguntó Alonso.

El abuelo contestó con un breve silencio, seguido de una sonrisa.

EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

Muchas aventuras tuvo Don Quijote movido por el amor y la locura. En una de esas estaba cuando fue retado por el caballero del Bosque o de los Espejos. En realidad, se trataba de su amigo, el bachiller Sansón Carrasco, quien se disfrazó para vencerlo y obligarlo a retirarse de la caballería andante. Pero quiso la suerte que el dichoso retador se enredara con su cabalgadura, tan achacada como Rocinante, mientras Don Quijote lo embestía lanza en ristre, con tal fuerza que lo derribó por las ancas del caballo y lo dejó en el suelo medio muerto.

EL CABALLERO DE LA BLANCA LUNA

Pero el bachiller Sansón Carrasco insistió en su resolución de ver a Don Quijote en uso de buen retiro. Hacia el final del libro, vio Alonso aparecer un nuevo personaje, el de la Blanca Luna, quien retó al caballero andante con estas palabras: "...vengo a contender [pelear] contigo, y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso". Antes del combate se impuso una condición: el vencido se retiraría durante un año de la caballería andante.

En efecto, el Caballero de la Blanca Luna venció a Don Quijote, quien se consideró "el más desdichado de la tierra", no tanto por haber sido golpeado, sino porque la derrota implicaba defraudar a su bien amada Dulcinea.

DON QUIJOTE Y SANCHO REGRESAN A SU ALDEA
POR ÚLTIMA VEZ

Cumpliendo la condición impuesta por el caballero de la Blanca Luna, hidalgo y escudero regresaron a su aldea, imaginando ahora que, mientras transcurría el año de la penitencia, se harían pastores e irían por bosques y collados cantando y enamorando doncellas.

De paso por el sitio donde tuvo lugar su último combate, Don Quijote dijo una frase que al niño lector le pareció digna de ser anotada, para celebrar alguna tristeza:

"Aquí fue Troya; aquí mi desdicha..."

Don Quijote ya no estaba "para dar migas a un gato", como él mismo lo declaró camino de La Mancha. Apenas llegó a su casa, quedó al cuidado de ama y sobrina, pues enfermó de gravedad. Allí recobró la cordura.

Todos los amigos de nuestro caballero se dieron cita en casa de Alonso Quijano el Bueno, nombre con que le habían conocido antes de empezar sus aventuras en la caballería andante. Le animaban a que se mejorara y saliera nuevamente a los caminos; pero él les advertía que ya no está loco, y se arrepentía de los disparates que cometió e hizo cometer a Sancho. Ante esto, su fiel escudero le hizo un ruego tan triste como hermoso:

"...no se muera, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía".

Después de hacer su testamento, en beneficio de sus dolientes sobrina, ama y escudero, Don Quijote "dio su espíritu", es decir, murió.

Pero no se conformó del todo Alonso, el niño lector (quien sería en adelante Alonso el Bueno), con ese final. Se entristeció porque Don Quijote volvió a la cordura únicamente para morir; hubiese sido mejor, pensó el niño, que recobrar sus fuerzas y se aventurara más allá —o más acá— de los caminos de España, y que aún se escuchara el trote de Rocinante, las pisadas del borrico, y grandes voces que advirtieran a los malvados de la presencia temible del Caballero de la Triste Figura.

VOLVER A:

LETRA MAESTRA www.letramaestra.blogspot.com

FORMARTE LITERATURA www.formartel.blogspot.com

manuelivanurbina@hotmail.com